

El cuerpo como metáfora en Nuestra América, de José Martí

The body as metaphor in Nuestra América, by José Martí

Edison Duván Ávalos Florez

edison.avalos@upec.edu.ec

Universidad Politécnica Estatal del Carchi

<https://orcid.org/0009-0008-3081-9443>

Resumen

En Nuestra América, Martí propone una metáfora para entender el continente americano como una conciencia que simultáneamente habita dos cuerpos, uno enfermo y el otro sano. El cuerpo enfermo, que representa a la Colonia, padecer dolor y es monstruoso; el cuerpo sano, que representa a la República, tiene un orgullo que nace del conocimiento de sí mismo. Esa metáfora, más allá de reflejar la tensión de poderes experimentada durante la Independencia, muestra que en el imaginario político de Martí la Colonia y la República no eran periodos históricos sino estados del sujeto. América no era un espacio geográfico sino una cultura escindida que padecía de una fatiga de acomodación producida por la lucha antagónica entre el bien y el mal. Aunque esa construcción metafórica pareciera tener un carácter positivista, lo cierto es que no se emplea para despreciar las diferencias ni los cruces raciales, sino para advertir la descomposición social que puede padecer el continente por la ausencia de valores.

Palabras clave: José Martí; cuerpo; estudios culturales; nuestra América

Ensayo / Essay

Financiación / Fundings

Sin financiación

Correspondencia / Correspondence

edison.avalos@upec.edu.ec

Universidad Politécnica Estatal del Carchi

Recibido / Recived: 09/04/2023

Aceptado / Accepted: 30/05/2023

Publicado / Published: 30/06/2023

Cita Recomendada:

Avalos Florez, E. D. (2023). El cuerpo como metáfora en Nuestra América, de José Martí. *Revista Ecos de la Academia*, 9(17), 151–161. <https://doi.org/10.53358/ecosaca-demia.v9i17.911>

ISSN

Edición impresa: 1390-969X

Edición en línea: 2550-6889

Abstract

In *Nuestra América*, Martí proposes a metaphor to understand the American continent as a consciousness that simultaneously inhabits two bodies, one sick and the other healthy. The sick body, which represents the Colony, will suffer pain and is monstrous; the healthy body, which represents the Republic, has a pride that is born from self-knowledge. This metaphor, beyond reflecting the tension of powers experienced during Independence, shows that in Martí's political imagination the Colony and the Republic were not historical periods but states of the subject. America was not a geographical space but a divided culture that suffered from a fatigue of accommodation produced by the antagonistic struggle between good and evil.

Keywords: Jose Marti; body; cultural studies; Our America

Este ensayo interpreta el texto *Nuestra América*, de José Martí, a partir de dos metáforas corporales que el autor construyó para representar América: una metáfora del cuerpo enfermo que padece dolor y es monstruoso, y otra metáfora del cuerpo sano que se fortalece en el orgullo y en el conocimiento de sí mismo. Esos dos cuerpos no tienen una relación consecutiva ni causal: no se trata de un cuerpo enfermo que al ser intervenido se convierte en un cuerpo sano, ni viceversa. Tampoco se trata de dos conciencias que pugnan bajo la misma piel. La construcción metafórica presenta una única conciencia –América– que de manera simultánea habita esos dos cuerpos opuestos.

Esta idea de América como una conciencia escindida sugiere que en el territorio construido por Martí convergen los extremos. No obstante, las representaciones simbólicas de lo enfermo y de lo sano permanecen siempre claramente diferenciadas. Los dos cuerpos, de hecho, aunque coexisten y comparten la misma conciencia, jamás llegan a unirse. Es legítimo, entonces, analizar por separado cada cuerpo, para luego compararlos proponiendo posibles significados y, por último, cerrar con una evaluación del posible carácter positivista de la construcción metafórica.

El cuerpo enfermo: entre el dolor y lo monstruoso

El cuerpo enfermo de América aparece representado bajo dos conceptos que se sitúan en diferentes planos del sujeto. Uno de esos conceptos, que es el dolor, se sitúa en el plano emocional; el otro, que es la monstruosidad, se sitúa en el plano de la materialidad corporal.

En el plano emocional, el dolor corresponde a una América que se encarna en la figura de una madre abandonada por sus hijos: *"¡Estos nacidos en América, que se avergüenzan, porque llevan delantal indio, de la madre que los crió, y reniegan, ¡bribones!, de la madre enferma, y la dejan sola en el lecho de las enfermedades"* (Martí, p. 335). Pero, a pesar de que esa madre se encuentra en estado de agonía, el lector no puede acceder a ella directamente, no puede saber qué pensamientos o emociones la atraviesan en ese momento de cara a la muerte.

La razón es que la madre no solo se encuentra abandonada por sus hijos bribones; también ha sido abandonada por el narrador. Ella, en la escena, es realmente un elemento decorativo cuya principal función es servir de nexo para que el narrador pueda interpelar con un fuerte regaño a los hijos, quienes son los verdaderos protagonistas del pasaje. El cuerpo enfermo de la madre, entonces, se presenta doblemente abandonado, doblemente adolorido.

Esos hijos bribones, de acuerdo con el texto, son cobardes que proyectan su falta de valor en los demás; desagradecidos que no auxilian a su madre; e infames que la abandonan en su lecho de enferma. Ellos, al igual que ella, también aparecen representados por un cuerpo enfermo. Martí los denomina sietemesinos, porque nacieron prematuramente. Sus cuerpos, entonces, están inconclusos: son cuerpos homosexuales que, de haber culminado su proceso de formación, seguramente serían masculinos: *"No les alcanza al árbol difícil el brazo canijo, el brazo de uñas pintadas y pulsera, el brazo de Madrid o de París, y dicen que no se puede alcanzar el árbol"* (Martí, p. 335). *"¡Estos delicados, que son hombres y no quieren hacer el trabajo de hombres!"* (Martí, p. 335). Además, esos cuerpos homosexuales sufren un segundo castigo: son deshumanizados. Martí se pregunta: *"[...] ¿quién es el hombre? ¿el que se queda*

con la madre, a curarle la enfermedad, o el que la pone a trabajar donde no la vean, y vive de su sustento [...] maldiciendo del seno que lo cargó[...]?” (Martí, p. 335). La respuesta es que el cuerpo enfermo de esos hijos bribones no representa el concepto de ser humano. Su condición ahora debe ubicarse en una degradación absoluta.

Volvamos al cuerpo de América, la madre enferma cuyo sufrimiento se fundamenta en el abandono total, tanto de parte de esos hijos bribones como de parte de la misma configuración discursiva del texto. Ese cuerpo enfermo no solo se mimetizará en el dolor, además lo hará en la monstruosidad. *“Éramos una visión, con el pecho de atleta, las manos de petimetre y la frente de niño. Éramos una máscara, con los calzones de Inglaterra, el chaleco parisiense, el chaquetón de Norteamérica y la montera de España”* (Martí, p. 341).

Ese cuerpo monstruoso de América se compone de extremidades que se injertaron entre sí para crear un nuevo ser. América, entonces, no es propiamente lo nativo, esa civilización indígena que habitaba el continente antes de Colón. Es, lejos de toda posición etnocentrista, un espacio de mayor complejidad cultural: es un cuerpo monstruoso hecho con retazos de los cuerpos del indígena, del negro y del europeo. Esto demuestra el carácter cosmopolita del texto, y lo libra de cualquier posible resentimiento.

Pero es precisamente esa monstruosidad la que le permite a América presentarse altiva frente al otro: *“De factores tan descompuestos, jamás, en menos tiempo histórico, se han creado naciones tan adelantadas y compactadas”* (Martí, p. 336). La razón es que esa monstruosidad no ha sido creada por un humano, sino que es origen natural: *“Con los pies en el rosario, la cabeza blanca y el cuerpo pinto de indio y criollo, vinimos, denodados, al mundo de las naciones”* (Martí, p. 338). Se trata de un cuerpo donde las deformidades se armonizan en la extrema magnitud de sus diferencias.

Más que una unidad orgánica, ese cuerpo –el de la madre América– ha sido “descoyuntado” y “descompuesto”. Armado con restos de códigos, con fragmentos incongruentes de tradiciones en pugna, ese cuerpo es el

producto de una violencia histórica, del desplazamiento de los "orígenes confusos y manchados de sangre" (Ramos, p. 397).

El cuerpo sano: el conocimiento de sí mismo

Dos conceptos básicos configuran al cuerpo sano de América: la resignificación del dolor y la apertura de sí mismo. Lo saludable, en este sentido, es aquello capaz de otorgarle nuevos sentidos al mundo y a sí mismo.

Este cuerpo sano resignifica el dolor del cuerpo enfermo, otorgándole nuevas y opuestas significaciones, para que, en lugar de ser patológico, se convierta más bien en un estímulo vital. A saber, el dolor como fuente de orgullo: *"Ni ¿en qué patria puede tener un hombre más orgullo que en nuestras repúblicas dolorosas de América, levantadas entre las masas mudas de indios, al ruido de pelea del libro con el cirial, sobre los brazos sangrientos de un centenar de apóstoles?"* (Martí, p. 336). *"Y calle el pedante vencido; que no hay patria en que pueda tener el hombre más orgullo que en nuestras dolorosas repúblicas americanas"* (Martí, p. 338).

El dolor de América, que era sintomático en el cuerpo enfermo, se transforma en uno de los gestores del cuerpo sano. Su significado se traslada de lugar: ya no reposa en los daños que ocasiona sobre el cuerpo; ahora está en la moral, tanto de quien lo ocasiona como de quien lo padece. Si ese dolor ha sido infligido con justificaciones válidas seguirá haciendo parte del sufrimiento que padece el cuerpo enfermo; pero si ha sido infligido sin justificaciones válidas, ese dolor se transforma en orgullo, en fuerza vital, porque quien lo soporta se encuentra en una posición moral de superioridad, así físicamente esté bajo el látigo.

El dolor ya no es la reacción del cuerpo frente a la agresión que le propinan; es lo que existe a pesar de él: la fuerza, la resistencia, el impulso vital. Por eso, el cuerpo sano se enaltece al sentir un dolor. Esto pareciera otorgarle una moral mucho más edificante que la del cuerpo enfermo.

El segundo concepto básico que caracteriza al cuerpo sano es la apertura de sí mismo. Esa actitud se materializa a través de tres prescripciones o leyes –conocerse a sí mismo, conocer al otro y conocer la Naturaleza– que aparecen dispersas por el texto, pero que se pueden enlazar en la siguiente cita:

[...] el buen gobernante en América no es el que sabe cómo se gobierna el alemán o el francés, sino que sabe con qué elementos está hecho su país, y cómo puede ir guiándolos en junto, para llegar, por métodos o instituciones nacidos del país mismo, a aquel estado apetecible donde cada hombre se conoce y ejerce, y disfrutan todos de la abundancia que la Naturaleza puso para todos en el pueblo que fecundan con su trabajo y defienden con sus vidas (Martí, p. 336-337).

La primera prescripción del cuerpo sano es que debe tener un gobernante que conozca al dedillo sus partes, lo que podría leerse como si el todo tuviera la capacidad de estar en cada parte, o al menos en esa parte del cuerpo denominada gobernante, identificada en el pensamiento martiano con la lógica y la razón, por extensión con la cabeza. Un cuerpo sano es, entonces, el que ha seguido aquel aforismo socrático del templo de Delfos: *Conócete a ti mismo*.

La segunda prescripción exige un conocimiento endógeno, nacido de sí mismo, un conocimiento que le permita al cuerpo construir su propia historia, es decir, su devenir y su porvenir. El cuerpo sano, de este modo, no solo tiene conciencia de sí mismo, también la tiene de su ser en el fluir del tiempo.

Y, en tercer lugar, en el fragmento es posible identificar una imagen erótica del cuerpo sano, relacionada con *fecundar la Naturaleza* para alcanzar un estado apetecible, lo que expone una conceptualización del trabajo alejada de la industrialización posmodernista. El hijo de esa unión sexual entre el cuerpo sano y la *Naturaleza*, es decir, el fruto del trabajo sería el alimento que garantiza la salud del cuerpo. De manera que el aspecto laboral, así no se enmarque en las dinámicas industriales, hace parte fundamental del cuerpo sano.

Si trasladamos al sujeto estas tres caracterizaciones establecidas para el cuerpo sano, se obtienen unos postulados bastante dicentes: i) Que el sujeto sea consigo mismo; ii) Que el sujeto sea con el otro; y iii) Que el sujeto sea con su entorno o con la Naturaleza.

Pareciera que la esencia del cuerpo sano fuera su capacidad de desdoblarse, de permitir que el mundo entre en él y a su vez entrar en el mundo. Dialógicamente, podríamos decir que el cuerpo enfermo se pliega sobre sí mismo, pierde la conciencia de su ser, corta todo contacto con el mundo. De ahí que el cuerpo sano tenga una opción erótica, un encuentro con el otro.

Martí se inclinaba hacia la América del cuerpo sano: “[...] *injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas*” (Martí, p. 338). La salud, por lo tanto, solo puede ser concebida como una tensión entre los sujetos: “*Los pueblos han de vivir criticándose, porque la crítica es salud*” (Martí, p. 342).

La colonia y la república: estados del sujeto

Nuestra América fue publicado en 1891. La mayoría de las naciones americanas, a excepción de Cuba, ya habían alcanzado su independencia, y llevaban entre veinte y cuarenta años organizándose como repúblicas con gobiernos autónomos.

Martí identifica a la América que vivió bajo el sistema colonial con el cuerpo enfermo; y a la América independiente con el cuerpo sano. Cuando Martí publica *Nuestra América*, en la emergencia de esas profundas transformaciones sociales, su texto cobra un sentido esclarecedor, incluso pedagógico, porque metaforiza el continente como una conciencia que se escinde simultáneamente en dos cuerpos opuestos; es decir, una América que, a pesar de haberse transformado en repúblicas, aún arrastra una conciencia colonial.

Es posible intentar definir, a partir de esa metáfora corporal, lo que en el pensamiento martiano significa la colonia y la república. La colonia sería el dolor que siente el cuerpo enfermo, ese daño ocasionado por la actitud egoísta, cobarde y deshumanizada de unos hijos bribones. La colonia es una enfermedad que ataca

a América. La república es aquello que le permite al cuerpo sano conocerse a sí mismo, conocer al otro, compenetrarse con lo natural, identificar el pasado, planificar el futuro y crear su propio conocimiento. La república es la vitalidad que fortalece a América.

La colonia y la república, aunque son conceptos emanados de las transformaciones sociales finiseculares, no aparecen definidas como sistemas de gobierno o políticas administrativas. Martí presenta la colonia y la república como posibilidades que, al margen del contexto histórico, rigen la existencia del sujeto o determinan al ser humano. La colonia sería la actitud de quien se pliega sobre sí mismo para impedir la aceptación de sí y del otro; mientras que la república sería la actitud de quien se desdobra para conocerse y conocer al otro. Esta es una de las razones por las cuales *Nuestra América*, a pesar de haberse publicado hace más de un siglo, sigue siendo actualizado con renovado interés: los lectores, al encaminarse por las problemáticas sociales de América, llegan en realidad a bordear las complejidades de la condición humana.

¿Qué consecuencias tiene para América habitar simultáneamente un cuerpo sano y un cuerpo enfermo? ¿De qué modo es afectada una conciencia que encarna a la misma vez la actitud del sujeto colonial y la actitud del sujeto republicano? La respuesta la ofrece Martí por medio del concepto *fatiga de acomodación*:

[...] entró a padecer América, y padece, de la fatiga de acomodación entre los elementos discordantes y hostiles que heredó de un colonizador despótico y avieso, y las ideas y formas importadas que han venido retardando, por su falta de realidad local, el gobierno lógico (Martí, p. 339).

La *fatiga de acomodación* es el cansancio que siente la conciencia por ese ir y venir de un cuerpo enfermo a uno sano. América, de acuerdo con la metáfora, se encuentra en un proceso de transición, de acomodación: está dejando de ser la colonia, para empezar a ser la república; quiere instalarse definitivamente en el cuerpo sano, pero fuerzas poderosas que surgen desde su propio interior le impiden abandonar el cuerpo enfermo. Porque ahí encuentra la estabilidad de una institucionalidad ya definida,

mientras que en el cuerpo sano de la república todo está por construirse, incluso hasta su propia identidad.

Esa conciencia de América, entonces, prefiere lo fácil frente a lo difícil: la guerra a la paz; el pensar con desorden al orden; el gobernar con los sentimientos exaltados a la toma de decisiones controladas; el mantener una jerarquía vertical antes que la democracia; el gobernar con la fuerza de la tradición al ejercicio de la creación; el garrote a las responsabilidades de la libertad. *“El problema de la independencia no era el cambio de formas, sino el cambio de espíritu”* (Martí, p. 340).

No obstante, el texto no es pesimista; ofrece las posibilidades que tiene el cuerpo sano para convencer a la conciencia de no seguir habitando simultáneamente el cuerpo enfermo. Se trata de la medicina para curar a América de esa *fatiga de acomodación* que padece: crear un hombre real que aprenda a no cometer los errores europeos y aprenda a encontrarse con su propia naturaleza, que sepa mirarse a sí mismo y mirar a los demás:

Estos países se salvarán porque, con el genio de la moderación que parece imperar, por la armonía serena de la Naturaleza, en el continente de la luz, y por el influjo de la lectura crítica que ha sucedido en Europa a la lectura de tanteo y falansterio en que se empapó la generación anterior, le está naciendo a América, en estos tiempos reales, el hombre real (Martí, p. 341).

El riesgo de la metáfora positivista

El tipo de metáfora empleada por Martí, al comparar un cuerpo con una sociedad, fue muy usada por los filósofos positivistas. Comte compuso su Discurso sobre el espíritu positivo alrededor de una analogía entre las fases del desarrollo social y las etapas del crecimiento humano. Para él, las sociedades nativas no occidentales son cuerpos infantiles de mente retrasada, a quienes las supersticiones les impiden comprender la verdad del conocimiento europeo, representado por un cuerpo adulto con raciocinio, madurez intelectual y virilidad. Las sociedades no occidentales son cuerpos que padecen una *“enfermedad crónica inherente por naturaleza a nuestra evolución mental, individual o colectiva, entre la infancia y la virilidad”* (Comte, p. 12).

El espíritu positivista, desde su lógica y su razón, diagnostica los males y receta las curas para acabar con esas enfermedades de las sociedades. Desde su supuesta superioridad epistemológica extirpa el cáncer de los cuerpos enfermos. Martí, sin embargo, a pesar de emplear esa misma metáfora, no se inscribe en esa corriente filosófica. El positivismo usa la metáfora del cuerpo enfermo para despreciar la diferencia, mostrando el cruce racial como un cáncer, la creencia ajena como un retraso mental, la cultura del otro como una deformación. Martí emplea la misma metáfora para señalar las consecuencias de la enfermedad, indicando cómo la ausencia de valores destruye la moral, el egoísmo carcome al sujeto y la infamia descompone a la humanidad. Martí no propone la destrucción del cuerpo enfermo para que sea idéntico al cuerpo sano, propone curar la enfermedad, es decir, remediar aquellos aspectos de orden espiritual que causan dolor. *“De ahí que ‘Nuestra América’ proponga la construcción de un ‘nosotros’ hecho justamente con la materia excluida por los discursos –y los Estados– modernizadores: el ‘indio mudo’, el ‘negro oteado’, el campesino marginado por la ‘ciudad desdeñosa’”* (Ramos, p. 403).

Antes de Martí, Platón, 370 años antes de Cristo ya comparó, en *La República*, la falta de moral de algunas ciudades griegas con la enfermedad corporal; Hobbes, en el *Leviatán*, publicado en 1651, dedica todo el Capítulo XXIX a hablar de las *enfermedades del estado*; y Richard Sennet, en 1998, en *The corrosion of carácter* comparó la situación anímica de las actuales sociedades neoliberales con una enfermedad emocional. Y así se pueden mencionar muchos autores que a lo largo de la historia han planteado relaciones analógicas entre el cuerpo humano y la sociedad.

Referencias bibliográficas

Comte, A. (1984). *Discurso sobre el espíritu positivo* (Trad. C. Berges). Madrid: Sarpe. (e.o.: 1844).

Martí, J. (2012). “Nuestra América”. En: *Escenas norteamericanas y otros textos*. (Comp. A. Schnirmajer). (e.o.: 1891).

Ramos, J. (2009). *Desencuentros de la modernidad en América Latina. Literatura y política en el siglo XIX*. Caracas: Fundación Editorial El perro y la rana. (e.o.: 1989).

Sontag, S. (2003). *La enfermedad y sus metáforas. El sida y sus metáforas* (Trad. M. Muchnik). Buenos Aires: Taurus. (e.o.: 1978).